

ET CÆTERA

NUM. 4

OCTUBRE-DICIEMBRE
1950

TOMO I



La obra poética de Cravioto, por José Manuel Gutiérrez Mora; *Dos pintores de la Escuela de José María Estrada*, por Rubén Villaseñor Bordes; *Dos monólogos*, por María Luisa Hidalgo; *El dibujo del niño*, por Mathias Goeritz; *Poemas de Juan Eduardo Cirlet e Ignacio Arzapalo*. NOTAS: *La Escuela de Altamira*, por Eduardo Westerdahl. RESEÑAS, por Arturo Rivas Sainz, José Manuel Gutiérrez Mora, Efraín Urzúa Macías, Bernabé Godoy V., Leopoldo I. Orendáin, Aurelio Hidalgo G., Alfonso Toral Moreno y Enrique García Ruiz. SUPLEMENTO: *Bibliografía de D. José López-Portillo y Rojas*, por Ramiro Villaseñor y Villaseñor. ILUSTRACIONES: Cuadros de José María Mares y R. Patiño; Dibujos infantiles (niños de 5 a 7 años).

EL DIBUJO DEL NIÑO

EL TEMA ya no es nuevo, pero siempre de nuevo es emocionante.

Dice Angel Ferrant: "Aunque parezca un contrasentido, en dibujo el niño enseña al hombre". Al principio del siglo no se hubiera admitido esta verdad, y todavía hoy pocos la reconocen. Pero creo que sí es una verdad.

Los adultos se creen más perfectos que los niños, y estiman que por eso su arte es superior, más importante. Tengo mis dudas. La perfección que el ser humano adquire al aprender las técnicas y estilos diferentes y al formarse sus conceptos, me parece algo más bien exterior, comparándolo con lo que tiene el niño. Con todo su "saber" el adulto no ha llegado a conservar la pureza que tenía cuando era niño. Cargado de complejos y prejuicios se pone a pintar un cuadro copiando a la naturaleza, o construyendo a base de sistemas adquiridos. Cada pequeño invento de color le llena de entusiasmo, y cree haber descubierto algo extraordinario por pintar la nariz más grande que la cabeza, o un caballo en colores azules. Se cree genio el que se atreve a una deformación de la forma realista o del colorido de la naturaleza, y se olvidó que el niño, con su imaginación, va muchísimo más lejos.

El niño no pretende ser "perfecto". No pretende nada. Dibuja o pinta con una instintiva autenticidad, expresando lo fantástico o lo real con absoluta libertad humana y artística. No conoce las teorías filosóficas ni artísticas. No sabe nada de los hechos históricos. Se comprende a sí mismo como un hecho, y todo lo que crea nace de su sentido original y auténtico que no ha sido violado por la razón. El niño que empieza a pretender ser razonable deja de ser niño, y, en general, de ser artista.

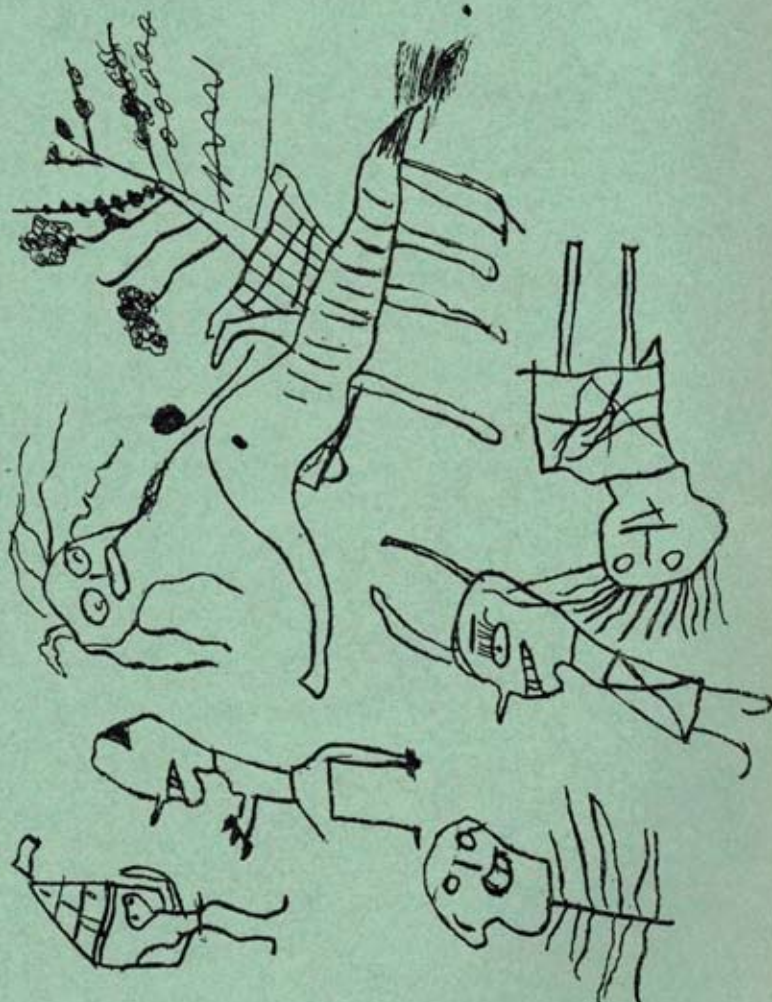
¿Hay "arte" sin razón? Sí lo hay. Eso nos prueba el arte de las cavernas. Eso nos prueba el arte de los pueblos llamados "primitivos", y, de vez en cuando, también el arte de los locos. Ninguno de ellos está realizado por razones que hoy se llamarían "normales", y, a pesar de eso, el mundo ha llegado a aceptar que las pinturas de Altamira, la escultura de los negros de África o los últimos cuadros de un Vincent Van Gogh, son "arte" en el sentido más alto de la palabra. ¿Y el arte popular, no es que también allí tengamos un arte en estado de niñez, en el cual tampoco existen normas de la razón, ni para el uso del color y de la forma, ni para su contenido?

El niño no siente otra necesidad que dibujar la invisible y única realidad que le dicta su ser. Actuando así es maestro en lo referente a la economía de los medios: dos trazos le bastan para indicar lo esencial; la composición de sus dibujos no obedece a una concepción conciente, sino a la pura intuición, y llega, a veces, a soluciones que superan a la obra del adulto.

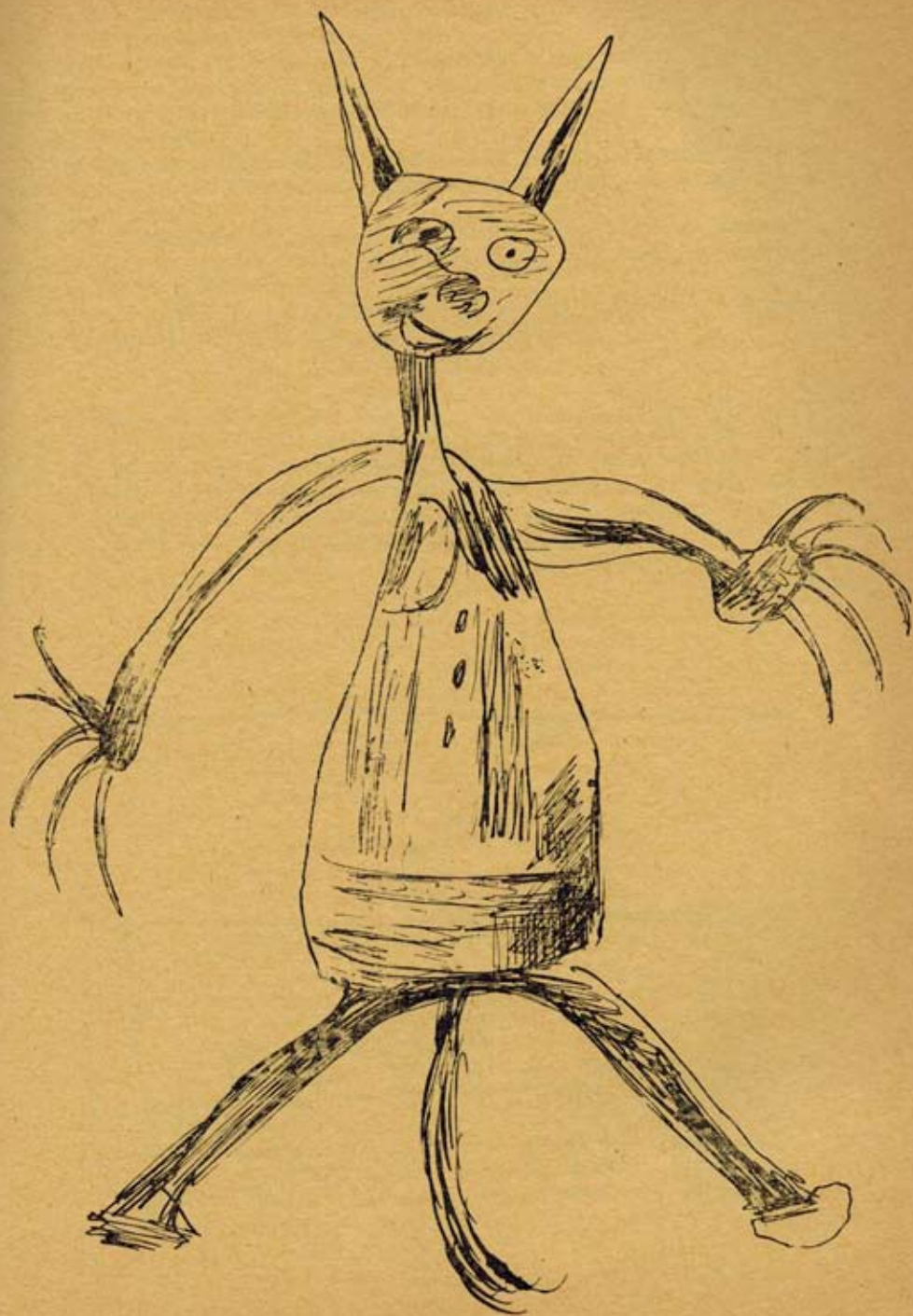
El niño no reconoce las gafas de un concepto prefabricado. Cuando los padres lo corrigen empieza a perder su niñez. El niño "ve" ángeles y diablos. El adulto ve sólo "gente".

Una mesa tiene cuatro patas, un animal también, el hombre sólo dos. Estos son hechos que importan al niño aunque se toma la libertad de cambiar estos números, si lo siente necesario. Y no cabe duda, se siente la necesidad de cada línea que traza el niño.

La línea recta que el niño comprende como tal, no está hecha con tiralíneas. Contiene un movimiento fino y sensible; parece vivir, según el carácter de su creador,







por su inocente imperfección que no conoce la desgracia de la rutina. Hay alma en ella como en el dibujo entero, al cual se subordina.

Cuando el niño dibuja un punto para indicar un ojo, entonces presenta con eso todo lo esencial, ya que para el niño tiene mayor importancia el "ver" que el aparato con que se ve, y al cual llaman ojo. Un punto basta, si en la concepción del niño el "ver" queda expresado.

Elige los colores intuitivamente, sin pensar en la realidad exterior. No le es necesario justificar lo que pinta. Queda justificado en sí mismo, conteniendo todo el secreto de la creación.

En estas creaciones de los niños hay poesía, pureza, honradez, autenticidad, y también hay eso que llaman "humanidad". Para hablar de belleza con esto me basta. Ya no me interesa la belleza rebuscada.

Quizás no todo niño sea artista. Sin embargo, sigo creyendo que si entre cien mil adultos hay uno, entre cien niños hay diez o veinte.

* * *

Los dibujos del niño que son la primera manifestación del ser, reflejan algo del principio de la humanidad entera que cada uno lleva en sí. El niño tiene la virtud de ser hombre-pep, hombre-pájaro, hombre-ángel... (Es por eso que le pertenece el futuro).

Ha habido momentos en que me sentí avergonzado al ver las creaciones de los niños, por haber perdido la espontánea autenticidad que ellos contienen. Pues creo que en arte, lo que no lleva en sí la autenticidad absoluta, no es arte.

MATHIAS GOERTZ

